

Reportaje al profesor Ruggiero Romano*

Ciclos: Podría señalar cuál es actualmente el rol de la historia económica dentro de las disciplinas históricas, teniendo en cuenta que últimamente vuelve a predominar en el análisis historiográfico la historia política, la biografía ...; mientras se secundariza el estudio de las estructuras económico-sociales y sus ciclos económicos, los análisis de tendencias económicas, etcétera.

Ruggiero Romano: Es cierto que la historia económica atraviesa un período que no es bueno. Creo que la responsabilidad es de la llamada *Nouvelle Histoire*, un discurso para mí falsamente nuevo. Todavía no creo que la guerra esté perdida. En efecto para mí estos personajes triunfantes de la *Nouvelle Histoire* me recuerdan los personajes de los dibujos animados; en el impulso de la carrera continúan caminando en el vacío, pero después caen ruidosamente. Y eso sucederá bien pronto. Lo digo porque me parece que los aportes conceptuales de la *Nouvelle Histoire* son realmente modestos. Quiero decir que no han lanzado una sola idea grande, por ejemplo la de la "larga duración" de Fernand Braudel. Es verdaderamente la modestia (por no decir la mediocridad) de los aportes conceptuales que me hace creer que se trata de personajes animados que corren en el vacío y que en todo caso la guerra no está perdida.

C.: Hay una contradicción en que se halle abandonada en parte la historia económica en los países desarrollados cuando el mundo está cada vez más dominado por la economía. ¿Hay una cuestión político-ideológica detrás de esto?

R.R.: Es cierto, asistimos a una enorme contradicción. Hoy no existe un solo diario en el mundo que no dé un gran espacio a la economía, no sólo porque el público quiere esta información económica; en general, la sigue y la comprende muy bien. Por eso, éste debería ser el momento ideal para la historia económica. Y sin embargo asistimos a lo contrario.

* Transcripción de la entrevista realizada por la revista Ciclos en oportunidad de la visita realizada por el historiador Ruggiero Romano, Buenos Aires, Argentina, 1993. Versión final corregida y aprobada por Ruggiero Romano.

C.: En algún momento Usted señaló que parte de su obra apuntaba a construir un modelo americano de la historia americana. Nos gustaría que comente y amplíe este concepto.

R.R.: En realidad nunca he tenido la ambición de construir un modelo en el sentido más completo de la palabra. Sólo una vez, en un largo artículo, busqué mostrar aquellos que me parecían los elementos constitutivos de un modelo de la economía colonial de Hispano-América. No. Muy sinceramente, lo que he hecho de positivo en mis 39 años de enseñanza universitaria ha sido incitar a los peruanos y a los mexicanos, los argentinos y los dominicanos, en suma a todos aquellos que han trabajado conmigo, a preparar una tesis de doctorado, a construir su propio modelo. Quiero decir que para ocuparse de la historia de los precios en el Perú es ciertamente indispensable conocer a Labrousse y Beveridge y no sé qué otros (y esto para evitar caer en una forma de criollismo siempre dañosa); pero, después, es necesario construir un esquema peruano donde ver cómo se comportan estos precios. Del mismo modo, para estudiar el movimiento comercial en México vale la pena conocer a Braudel, pero después es necesario comenzar a razonar en términos propios, mexicanos. Todavía, si quiero estudiar la agricultura rioplatense, tengo verdadero interés de leer Abel o Slicher van Bath pero debo también entender la especificidad de la situación rioplatense, de otro modo me arriesgo a eliminar a los gauchos y encontrarme con ilusorios pequeños propietarios...

Le doy rápido un ejemplo. He creído y creo todavía que en el caso de la economía (y también de la sociedad) americana se puede hablar de feudalismo. Pero, dicho esto, es necesario aún comprender que una categoría universal de feudalismo no existe. Ha existido un feudalismo europeo y dentro de éste un feudalismo franco y uno germánico, uno bizantino y otro otomano, y sigo enumerando. Es verdad, todos tienen dos puntos en común: la concesión gratuita de tierra y la disponibilidad de una fuerza de trabajo compulsiva; pero, después, cada uno de ellos asume características propias ligadas a la tradición histórica de cada país. Del mismo modo, el feudalismo americano —aun presentando las dos características que he indicado más arriba— tiene sus propios caracteres; por decirlo con Solorzano Pereira es un feudalismo “bastardo”. No solamente, es necesario agregar que este feudalismo “bastardo” americano no es el único para todo el continente y que en México es distinto de aquel dominante en Perú (no fue por otra razón que en este último país la estructura feudal ha podido integrar una institución prehispánica como la mita).

C.: En relación con estos conceptos, ¿a qué cree que se deba que en este momento sean tan fuertes las resistencias a aceptar la existencia del feudalismo americano, en particular en la historiografía colonial?

R.R.: La respuesta es bastante simple. Aquello que sucedió en Europa ya a fines del siglo XIX es lo que yo llamo la “invención” de un capitalismo existente desde la edad medieval. No es necesario asombrarse de esto. Los historiadores —por lo menos aquellos “ingenuos”— tienen tendencia a descubrir en el pasado el origen de los fenómenos que ven bajo sus ojos: mire cuantos historiadores, hoy, “inventan” una ecología. Los sistemas ecológicos y la conciencia de tales

sistemas estaban ya en el siglo XVIII, en la edad media, en la antigüedad. Sobre ingenuidad de este género se injertan verdaderas modas: algunas son de corta duración, otras en cambio tienen vida larga.

Confieso que también yo en mis inicios he creído en este famoso capitalismo. Trabajando sobre el gran comercio, sobre los bancos, sobre los grandes hombres de negocios, he sido llevado a encontrar este capitalismo. Pero, si se pasa a la agricultura (que en la sociedad preindustrial representa entre el 80 y 90 por ciento de la vida económica) nos damos cuenta que este capitalismo es, insisto, una bella invención.

Le doy un ejemplo. He trabajado sobre los Médici, grandes comerciantes, grandes banqueros y que fueron considerados como una vívida expresión de este pretendido capitalismo, Muy bien, pero se olvidan de decir que a muy pocos kilómetros de Florencia estos mismos personajes son señores feudales..., tienen feudos y los disfrutaban como tales... Y en la frontera entre aquellos feudos y las grandes actividades bancarias termina el pretendido capitalismo... Que este capitalismo tuvo una magra consistencia conceptual se probará en el hecho que sus "inventores" han sido constreñidos a indicar su naturaleza con adjetivos: usurario, financiero, comercial; y me es grato recordar un bello artículo del añorado Ciafardini en el cual mostraba y demostraba la inconsistencia conceptual de este famoso capitalismo comercial. Usted me pregunta el por qué de la resistencia a aceptar el feudalismo y el por qué de la preferencia manifestada por el capitalismo. Creo que se trata de simple pereza; es tan cómoda una pista tan llana como aquella del capitalismo; además, hablando de capitalismo estos historiadores tienen la impresión de participar en primera persona en los grandes debates político-económicos de nuestro tiempo. Naturalmente, es pura ilusión, pues en general ellos son particularmente ignorantes en economía; hablo de la verdadera economía, aquella que se practica hoy en los bancos, en las grandes industrias. Vayan a trabajar un poco en un barco, en una industria, en una gran empresa agro-alimentaria y comprenderán qué es —para bien o para mal— el verdadero capitalismo. No basta con encontrar un minero con millones de pesos o un gran mercader o un hacendado con otros tantos millones para hablar de capitalismo. Todos aquellos que hablan con tanta facilidad de "capitalismo" en el medioevo y en el setecientos deberían decirme qué hicieron las personas que la noche entre el 8 y el 9 de agosto de 1789 se reunieron en París para suprimir los derechos feudales. Deberían además explicarme por qué hasta 1794 la fiesta conmemorativa de la revolución fue el 9 de agosto y no el 14 de julio. Deberían también explicarme qué significa el hecho que la República de Venecia (que habría sido una de las cunas de este capitalismo) en los años '70 del siglo XVIII (me excuso por no recordar el año exacto) promulgó un nuevo Código Feudal, y qué se enseñaba en las cátedras de derecho feudal que resistieron en todas las universidades europeas hasta fines del siglo XVIII. Conozco muchas cosas de este género que dan una idea bastante precisa de la persistencia feudal en Europa (y en América) al menos hasta fines del siglo XVIII y todavía en el curso del siglo XIX. Pero no es este el momento para hablar de ello.

C.: Estas observaciones que Usted hace están muy vinculadas al modo como se formuló el tema del capitalismo comercial por Gunder Frank y otros autores de esta línea. En la actualidad si bien esa forma de encarar el tema no parece tener demasiados partidarios, han surgido nuevas líneas de investigación para América colonial que enfatizan el papel del capitalismo comercial como el elemento dominante por sobre los modos de producción que existieran allí, que serían en todo caso subordinados. ¿Nos puede comentar algo respecto a esto?

R.R.: Permítanme ante todo una pequeña malignidad. Hace más de veinte años denuncié la falsedad del concepto de “capitalismo comercial” en Gunder Frank. “Falsedad” y no “invención”, puesto que este señor que anunciaba en cada página “la traducción de las citas de K. Marx es mía”, contenía la falsedad siguiente: traducía como “capitalismo” la palabra alemana “das kapital”. Ahora todos saben (y Marx en particular sabía) que el capital es una cosa y el capitalismo otra. Pero, pobre Gunder Frank. Ahora está reducido a hacerse el ecólogo como tantos otros huérfanos del marxismo o del marxoperonismo...

Y ahora hablemos seriamente. El problema del capitalismo comercial como motor de la economía americana ha sido expuesto también por estudiosos dignos de todo respeto. Sin embargo, no obstante el respeto y la vieja amistad que me une a algunos de ellos (pienso en Brading, Assadourian, Chiaramonte...) confieso que no estoy de acuerdo con ellos. El problema, a mi modo de ver, es el siguiente: yo creo que aquello que se entiende por capitalismo comercial (comercio local y/o internacional, “avío” en la industria minera, producción agrícola destinada al mercado interno y/o internacional...) no ha sido jamás una fuerza capaz de arrastrar la totalidad de la economía del espacio americano. Que la actividad minera vitalizó el espacio en torno a la ciudad de Potosí, es cierto. ¿Y después? ¿Qué reflejo tuvo sobre el conjunto de la economía peruana? ¿En qué aspecto ha sido un polo de desarrollo? Lima no es un centro minero, es un típico ejemplo de ciudad capital y como tal llega a dar vida a un cierto espacio. ¿Diremos, entonces, que los centros administrativos constituyen un motor económico capaz de arrastrar la totalidad de la economía de un país? No entiendo por qué atribuir tanta importancia a los centros mineros, a los puertos, y no tomar en consideración los grandes centros administrativos (esto no porque yo atribuya un papel determinante a los centros administrativos...). Repito: yo creo que lo que me separa de las opiniones de mis amigos es que ellos insisten mucho en la importancia de específicos grupos económicos; yo, en cambio, estoy más preocupado por lo que sucede en la totalidad de la economía. No me interesan los grupos —aunque sean numerosos— de agentes económicos, sino la economía en su conjunto. Y a propósito de esta última me parecen importantes los hechos de autoconsumo, de trueque, de economía natural... y no la eventual, mínima, participación de mercados fantasmas.

C.: Usted introdujo una diferenciación entre capital y capitalismo, sería interesante si pudiera explicarlo un poco más.

R.R.: Fernand Braudel tenía una cierta tendencia a encontrar el capitalismo en tiempos demasiado lejanos y yo le contestaba que de ese modo habría podido encontrar el capitalismo también en la edad neolítica: “si usted hubiese poseído

más piedras pulidas que yo, usted habría sido el capitalista y yo el proletario". Evidentemente, se trata de una paradoja. Sin embargo, es cierto que el capitalismo es un fenómeno más complejo que aquel de la simple riqueza. No se puede hablar de capitalismo, me parece, en ausencia de una economía monetaria, verdadera y difusamente monetaria; no se puede hablar de capitalismo sin mercado, mercado de mercancías y mercado de trabajo. Pero un verdadero mercado —sobre todo de trabajo— no existe sin la libertad de entrar y salir de él. Cuando en el caso de América se me habla de trabajadores libres en el período colonial o también en el siglo XIX pregunto: ¿libres de qué?, ¿de entrar como peón en una hacienda? Pero este peón ¿es igualmente libre de salir de la hacienda? Si el sistema dominante es aquel del endeudamiento de los peones, no me parece posible hablar de mercado de trabajo... La misma discusión vale para el mercado de los bienes. ¿Qué sentido tiene decir que "los indios deben pagar el tributo y por tanto van al mercado a vender los bienes que ellos mismos produjeron? Si van al mercado a vender seis gallinas para obtener seis reales con los cuales pagar el tributo, ¿dónde está la monetarización de esta sociedad? ¿Cuál monetarización si recibo con la mano derecha los seis reales y con la izquierda pago el tributo con los mismos seis reales?

Nosotros los historiadores debemos estar más atentos y no confundir la historia económica —que es historia de toda una economía— con la historia de las riquezas que comprende sólo una parte de la economía. Solamente el conjunto de los fenómenos permite definir una economía.

C.: En relación con algunas de las observaciones que Usted efectúa, se trata evidentemente de una problemática de mucho interés para los historiadores y para la gente en América Latina, toda vez que nosotros hablamos del feudalismo colonial americano, y una de las causas por las cuales resulta significativo el diagnóstico es por la supervivencia de este tipo de sociedad más allá de 1810-1824...

R.R.: En este sentido creo se puede hablar de herencia mirando el fenómeno del cacicazgo; la formación de ejércitos unidos al jefe sólo por vínculos de fidelidad personal no constituye ciertamente un fenómeno de modernización; si bien estos ejércitos se baten oficialmente por grandes principios, grandes causas: federalismo, centralismo, etc. Pero sé también que se trata simplemente de pretextos. El hecho es que un estado presenta cuatro caracteres: él puede ser débil o fuerte, rígido o elástico. Pero lo que cuenta es que estos caracteres no se presentan nunca solos, sino siempre acoplados: fuerte y rígido (Francia por ejemplo), fuerte y elástico (Inglaterra), débil y rígido (España), débil y elástico (Italia). Los estados americanos del siglo XIX son todos débiles (y también rígidos) y me parece que estos trazos constituyen una herencia feudal (también un feudalismo indirecto).

C.: ¿Y en los aspectos socioeconómicos en particular, Usted no cree que después de las independencias políticas de principios del siglo XIX, este feudalismo operó en América Latina dificultando la modernización y democratización de las sociedades, obstaculizando el desarrollo del capitalismo?

R.R.: Es difícil responder a una pregunta como ésta. Sé que hasta 1910 en las haciendas mexicanas existía la cárcel propia de la hacienda. Del mismo modo, hasta 1969 en algunas haciendas peruanas había igualmente cárcel. Y no quisiera que se me malinterprete: no sostengo que en el Perú de 1969 vivíamos una situación feudal. Sin embargo estamos hablando de herencia feudal y me parece que estas cárceles traducen bien al menos dos cosas: una extrema debilidad del estado y también una situación de hecho y no de derecho por la cual un individuo (el hacendado) dispone de derechos sobre otros individuos. Y éstos me parecen rasgos feudales, de herencia feudal. Si algunos historiadores encuentran en la misma hacienda al capitalismo porque produce bienes destinados al mercado internacional, ¿qué puedo decir? “¡Muchos cumplimientos!”

C.: *Variando un poco la temática, ¿quisiera hacer algún comentario sobre un tema que es de particular interés para los investigadores rioplatenses, como el de algunas nuevas interpretaciones del pasado colonial de la región, sobre todo en relación con los vínculos sobre agricultura y ganadería, y con el predominio agrícola, que se han planteado recientemente?*

R.R.: De modo muy abierto y franco le diré que no estoy convencido de esta novedad. Si algunos quieren retomar apuntes ya viejos, por ejemplo de un Levene, muy bien. Pero que se reconozcan las deudas y se reconozca también que se trata de aspectos particulares, complementarios, que vale la pena estudiar pero que no cambian radicalmente de ningún modo resultados de conjunto a los cuales se une una historiografía ciertamente más seria que aquella que hoy se presenta como “nueva”.

Encontrar en el siglo XVIII cuatro campesinos con trazos hipermodernos y de allí declarar que todo el patrimonio historiográfico adquirido en el pasado no tiene ningún valor es una verdadera estupidez (si no es peor). También aquí, como en la *nouvelle histoire* en Francia, aparece la gran modestia conceptual de estos “nuevos” historiadores: en efecto, ¿qué significa hablar de una revolución industrial “fallida”? La revolución industrial es la revolución industrial, no es “fallida”. Se puede encontrar en Hispanoamérica en el curso del siglo XVIII la industria rural o, también, la industria del estado (las fábricas de tabaco, por ejemplo, que son muy importantes y muy pocos estudian). Pero una vez dicho esto no se puede hablar de revolución industrial (ni menos “fallida”), ni de proto-industria. El hecho es que con pocas y apresuradas lecturas no se pueden afrontar problemas como aquellos de la revolución industrial o de la proto-industrialización, que es una cosa mucho más compleja que una simple referencia a aquello que hay antes (proto) de la industrialización. En éste como en otros casos se requiere un poco más de modestia, un poco más de estudio. Pero yo no diría que esta tendencia de “hacer viento” con la novedad sea cosa exclusivamente argentina. Lamentablemente estas corrientes de aire son generales. Pero no por ello deben dejar de ser denunciadas, creo.

C.: *¿Qué piensa Usted de esta “nueva historia” que se presenta como nueva porque hace mucho uso de formas matemáticas y estadísticas?*

R.R.: Escuche, sin ninguna falsa modestia creo haber estado entre los primeros historiadores (si no el primero) en hacer uso de cálculos de correlación (y también de correlación múltiple). Estos cálculos los hacía con una calculadora Olivetti manual (y subrayo manual). Sucedió hace mucho tiempo, y antes de embarcarme en un cálculo lo pensaba diez veces. No se trataba de pereza sino simplemente del hecho que la reflexión me hacía aplicar uno de los principios fundamentales en el uso del cálculo de correlación: se puede "correlacionar" sólo fenómenos que están en correlación (positiva o negativa) pero no es posible correlacionar el precio del grano con la altitud de las montañas que circundan la llanura en la cual este grano es cultivado. Vale decir que mis maestros de estadística me han enseñado que existe una "lógica" de la estadística. En estos últimos tiempos, en vez, gracias a la facilidad de efectuar cálculos con las computadoras, se ven aparecer los cálculos más abstrusos. En suma, se usan las computadoras como si fuesen licuadoras, se insertan cuatro datos, se hacen cálculos y se presentan los resultados como grandes novedades, sin darse cuenta que se trata de pésimos cocktails de fruta surtida; perdón, de numeritos... El año pasado, en España, Gerona, un historiador argentino, ciertamente no bobo, Garavaglia, presentó un parangón estadístico entre 39 haciendas mexicanas y 27 haciendas rioplatenses en la segunda mitad del siglo XVIII para demostrar que el valor de la tierra era superior en México. Muy probablemente tenía razón, pero no me parece que se deban movilizar grandes cálculos para demostrar algo que ya es evidente. Pero no es éste el problema, lo que cuenta es que Garavaglia no se daba absolutamente cuenta que en sus medias entraban haciendas pulqueras mexicanas y haciendas trigueras argentinas que no son absolutamente comparables entre ellas; que en el caso de las haciendas rioplatenses estaban presentes los esclavos, mientras que en las mexicanas no los había. Cuando iba a la escuela elemental me enseñaron que no se puede hacer una suma de cabras y coliflores sino sólo de objetos similares. Bien, esto vale también por los parangones entre haciendas de diversos lugares, sobre todo cuando se reduce a la media.

C.: Recientemente ha publicado en Perú un artículo con el sugestivo nombre de "El centro y la periferia y sus cambios a través de la historia". Nos gustaría que nos comente lo fundamental de su opinión sobre el tema.

R.R.: Sí, se trata de una pequeña polémica indirecta con un historiador que estimo mucho pero con el cual no me encuentro mucho de acuerdo: Immanuel Wallerstein. Su concepto de economía-mundo no me convence mucho, y no me convence sobre todo porque en él se pone el acento más sobre la distribución, el comercio, que sobre la producción (que es extraño viniendo de un neo-marxista como I. Wallerstein). Para dar un ejemplo tomemos el caso de Potosí. En el sistema de economía mundo se escondió (por no decir se hizo desaparecer) aquello que es el rasgo fundamental de la producción de plata en Potosí, así como lo ha reconstruido magistralmente Enrique Tandeter: la mita. Que la plata producida en Potosí entró en un circuito mundial, no hay duda. Pero si yo busco entender a Potosí, todo esto no me sirve de mucho. Si quiero hacer historia de América en y desde su interior, aquello que cuenta es la mita y no ya la

circulación sucesiva del metal. Esto finalmente aclara el considerar Potosí en la entraña de una vieja historia colonial.

Por lo demás, este concepto de economía-mundo (que no se confunde con economía mundial) no es nuevo, se lo encuentra, por ejemplo, ya a fines de los años 30 (o inicios de los años 40) en los trabajos de Rörhig para el medioevo. No se trata con esto de quitar prioridad a Wallerstein sino, simplemente, de decir que es un concepto que ya ha sido probado. Además, Wallerstein niega la existencia de una economía-mundo antes del siglo XV. Ahora, me parece que —aunque esté su escala más reducida— se puede hablar de economía-mundo también en períodos históricos más lejanos en el tiempo (aunque ciertamente, el mundo después del siglo XV con la circunnavegación del Africa y el descubrimiento de América se ha vuelto más grande, “más mundo” si se puede decir).

C.: Usted dice que la idea de centro-periferia es un concepto historiográfico nuevo pero un hecho antiguo. ¿Podría ampliar este concepto?

R.R.: Querría comenzar a responder con un ejemplo más bien banal. Si usted toma el libro de recetas de cocina del notable cocinero romano Apicio, usted encontrará mención de muchas especias orientales que evidentemente llegaron a Roma de la India. Las relaciones comerciales entre Roma y la India están en el libro extraordinario de Innes Miller y se trata de relaciones muy intensas en las cuales no se llega a entender bien quién es el centro y quién la periferia.

Esta afirmación puede parecer paradójal pero mucho menos que lo que parece a primera vista. En efecto, entre las varias causas de la caída del Imperio Romano ha sido introducida también la relativa a la enorme hemorragia de dinero hacia la India y el extremo Oriente.

Y hay algo más. En general se piensa en términos de desarrollo progresivo: del comercio local al comercio regional, al interregional, al nacional, al internacional. Todo esto es falso. Muchas veces se tiene un comercio internacional antes del comercio interregional. ¿Una prueba? Para mi diversión he calculado la correlación del precio de la cochinilla en Oaxaca y Amsterdam: es muy fuerte, mucho más fuerte que entre los precios del maíz a México y una hacienda maicera a pocas decenas de kilómetros de la ciudad. Aquí la pregunta que debemos hacernos es la siguiente: ¿en el conjunto de la economía mexicana del siglo XVIII es más importante el maíz o la cochinilla? Subrayo *en el conjunto*. Y es siempre el mismo problema: ¿estudiamos una economía o un grupo de personas? Porque ciertamente para los exportadores de cochinilla ésta es más importante que el maíz. Pero, en el conjunto de la economía mexicana del siglo XVIII, es más importante el maíz.

C.: Una de las líneas de reflexión que Usted ha desarrollado últimamente tiene que ver con la vuelta al análisis de los temas de nación, estado y libertad en Europa y América, y aquí hay dos preguntas que surgen: una es volver a replantear los contenidos de estos conceptos que hoy día son muy importantes, y una segunda, que se deriva de la primera, es el problema de la identidad cultural latinoamericana, el volver a preguntarnos quiénes somos los latinoamericanos y qué rol le podemos asignar a la dependencia cultural.

R.R.: Yo creo que en torno a esta cuestión se ha creado una enorme confusión. El estado es un hecho y un hecho antiguo. Existe un estado romano, un estado de las ciudades griegas, un estado chino. La nación no es un hecho sino una idea. Y una idea relativamente reciente: se puede decir en efecto que aparece —en el sentido moderno de la palabra— en el libro de von Muralt de 1723, *Lettres sur les Anglais et les Français*. Esta idea se desarrollará en el curso del siglo XVIII sobre todo en Suiza y con la obra de suizos, con la excepción de Voltaire que podemos considerar un poco como un suizo *ad honorem*. Después con la Revolución Francesa esta idea se difundirá, se afirmará y sobre todo, la historiografía francesa, española e inglesa del siglo XIX cometerá la gran estupidez —dictada por vanidad nacionalista— de crear el equívoco concepto de Estado-Nación, fundado sobre la idea que desde el siglo XV en aquellos países se había tenido un estado centralizado capaz de poner en marcha la nación. Naturalmente todo esto no respondía a nada, pero esta “nada” provocó la formación de un sentido nacional satisfecho en Francia, Inglaterra, España y un sentido nacional insatisfecho, acoquejado, en los otros países. Se creó en suma, la idea que si un país no entra en el marco o molde de la nación francesa no es una nación. La idea más clara de esta absurda situación se puede extraer de un artículo de un historiador norteamericano, Barre, en 1923 que se preguntaba ya en el título: *¿Es Alemania una Nación?* y respondía negativamente. Alemania es una invención cultural (gracias a Goethe) y política (gracias a Bismarck). Y Barre era muy explícito: Alemania no es una nación porque no entra en el molde de nación francesa. El pobre no comprendía que tampoco Francia entraba en el molde de la nación alemana... En otras palabras la nación no es un hecho sino sólo una idea, pero además esta idea no es una idea platónica válida siempre y por doquier. Dejemos perder geografía, idioma, religión (con estos tres factores, en particular con los dos últimos, ¡Suiza no sería una nación!) y reconozcamos que atrás de las naciones siempre hay otra cosa: el país, vale decir idioma pero también dialectos, expresiones...; religión pero también formas particulares de religiosidad y creencias mágicas y supersticiones; juegos; cocina; productos alimenticios: costumbres y acostumbamientos... Este fondo del país puede constituir la verdadera base de la nación pero sin olvidar que esta última no es un hecho tangible. Como decía Renan: “la nación es un plebiscito de todos los días”. Es cierto, este plebiscito no puede ser hecho alrededor de una idea abstracta y finalmente retórica de nación. Sucede que la clase dirigente propone un proyecto nacional en el cual la gente (y el pueblo como se decía una vez) puede reconocerse. Y el estado no es otra cosa que el instrumento para la realización de aquel proyecto. Lo demás son palabras y signos de complejos de inferioridad.

¿Qué es la nación británica? ¿Cuándo existió? No me parece que hoy exista una nación británica, la cual en cambio existió entre el siglo XIX y la mitad del XX, construida alrededor de un proyecto, aquel del Imperio Británico. Y es alrededor del proyecto imperial que ingleses, escoceses, irlandeses y gente de Gales se reconocieron como británicos. Caído el imperio desaparece también la nación británica. ¡Entonces, qué Estado-Nación!

C.: Atendiendo al momento actual en Europa, está el caso de Yugoslavia...

R.R.: Lo que está sucediendo en Yugoslavia no tiene mucho que ver con el problema de la nación y menos del nacionalismo: estamos ante un verdadero y auténtico tribalismo. Se trata de una mezcla (vieja de siglos) de etnias, religiones contrapuestas, idiomas superpuestos y todo agitado por banderas nacionalistas. No hay sólo choques o colisiones de bosnios y croatas sino también en el interior de esos mismos grupos. El grupo más compacto —también el más indecente— es ciertamente el serbio pero, entonces, estamos verdaderamente en los niveles del tribalismo.

C.: Volviendo al tema de la identidad cultural, ¿usted piensa que no existe una identidad cultural latinoamericana?

R.R.: No, no creo en la identidad cultural de América llamada Latina del mismo modo que no creo en la identidad cultural europea.

C.: Pero existe una identidad cultural argentina o brasileña, peruana.

R.R.: Cierto, pero, reflexionando, la identidad cultural de un país es en gran parte el ser un verdadero “país”, en el sentido indicado antes hablando de la nación.

C.: ¿Usted piensa que hay una identidad cultural de cada país y no una identidad latinoamericana en su conjunto?

R.R.: Ustedes insisten en la pregunta y yo insisto en la respuesta: no alcanzo a ver en qué puede consistir esta identidad si no en fórmulas brumosas y retóricas.

C.: También algunas otras cosas, como dependencias culturales comunes, dependencias económicas comunes...

R.R.: Con toda sinceridad no me parece que se pueda establecer una identidad cultural común alrededor de la dependencia. Hagámonos entonces también de identidad cultural mundial porque todos (yo no) beben coca cola. En este sentido existiría una identidad cultural entre Corea y la Argentina.

C.: ¿Y el capitalismo no va a terminar por borrar las diferencias, por ejemplo atendiendo a los efectos de la globalización, la libre circulación de bienes y personas?

R.R.: Yo no soy un profeta y no sé qué sucederá mañana. De todos modos me parece que el problema es el siguiente: la globalización no es la cosa espantosa que se dice. En el fondo, toda una buena parte de la historia humana no es otra que una marcha hacia una cierta globalización. ¿Quiere una prueba? Se habla tanto de “latinidad”. Muy bien, uno de los caracteres fundamentales del mundo latino, del mundo romano, estaba constituido por el hecho que los hombres llevaban la toga; sólo los “bárbaros” de Europa del norte llevaban las bragas (antepasados de nuestros pantalones). Ha existido todo un debate en los siglos III y IV d.C. en Roma sobre el hecho que se necesitaba defender la toga contra la “barbarie” de los calzones. En términos actuales podemos decir que se trataba

de un debate de identidad cultural: los romanos defendían su identidad cultural contra las bragas. Pero éstas vencieron y se globalizó su uso. ¿Es un bien? ¿Es un mal? Yo no lo sé porque nunca llevé toga. Sin embargo estos problemas de defensa de la identidad cultural me dejan muy perplejo.

Por ejemplo, ¿qué significa la batalla que sostienen los europeos (en particular los franceses) contra el cine y la televisión de EE.UU.? “Defendamos nuestra identidad cultural”, gritan. Y no comprenden que para defenderla deberían producir buena cinematografía y audiovisuales mejores, en todo sentido, que los norteamericanos. Tome un país como Italia del siglo XVII: es ciertamente el último país de Europa. Pese a ello le impone a todo el continente un cierto modelo musical y la prueba de esta imposición Usted la encuentra en el hecho que todavía hoy todo el lenguaje musical (andante, allegro, andante mosso, maestro...) en todos los idiomas del mundo es en italiano. Beethoven quiso germanizar el lenguaje musical pero, a pesar de su indiscutido genio musical, la operación no tuvo éxito. Creo que se debe prestar atención al hecho que ciertas batallas están ya perdidas en el comienzo, y no porque el adversario sea “malo” sino porque se es intrínsecamente débil. ¿Por qué asombrarse que el lenguaje científico sea esencialmente el inglés? Si no queremos que sea así procuremos tener más premios Nobel científicos. No basta acusar a los otros y llorar por nosotros mismos: es necesario hacer (si somos capaces). Lo demás es cháchara.

C.: Una última pregunta: ¿Qué opina de las tendencias observables en la historiografía contemporánea a transformar el pasado en una recta de ajuste evolucionista, armonizadora del pasado y el presente, en suma, a considerar la historia como la historia del capitalismo?

R.R.: Creo que estas tendencias traducen la persistencia de la concepción cristiana de la historia. En la *Civitas Dei* San Agustín traza la idea de la historia como un progresivo acercarse de la humanidad de la ciudad terrestre a la divina. El finalismo en historia no me convence. Pensar que se va hacia Dios o hacia una magnífica sociedad comunista puede ser tan erróneo como creer que estamos llegando a la forma definitiva (¿liberal-capitalista?) de organización humana.

La historia está hecha de crisis, de continuidad, de rupturas. Y no es sólo aquella que tenemos a nuestras espaldas sino también aquella adelante nuestro que debemos construir.